CUADERNOS DE CULTURA Y PATRIMONIO

Número X septiembre de 2011

Lo que las paredes esconden

La Alhóndiga, Asociación de Cultura y Patrimonio

Fabio López es un ávido lector de literatura castellana y ferviente seguidor de nuestro premio Cervantes don José Jiménez Lozano.

Fabio es socio fundador de La Alhóndiga, asociación de Cultura y Patrimonio y también fundador, además de miembro de la redacción, de la revista de Cultura y Patrimonio La Llanura de Arévalo.

Colabora, a veces, en prensa de Ávila con artículos de opinión.

Autor de varios relatos breves de contenido histórico o costumbrista, entre los que podemos destacar: "Esperanzas", con el que ganó el concurso de relato breve organizado por la Cámara de Comercio e Industria de Arévalo en la celebración de su centenario.

"**Lo que las paredes esconden**" es un relato corto con trasfondo de novela histórica cuya trama argumental se basa en un posible intercambio epistolar mantenido entre Juan Velázquez, nieto de don Juan Velázquez de Cuéllar y el mismo Ignacio de Loyola, y de lo propio entre el mismo Contador Mayor de Castilla para con el que fue su protegido, y más tarde fundador de la Compañía de Jesús.

La Alhóndiga de Arévalo,
asociación de Cultura y Patrimonio.
Agosto de 2011

Lo que las paredes esconden

En una vasija de barro intacta, parecida a una olla de las que seguían haciendo en Tiñosillos, un pueblo cercano de donde se encontraban haciendo los trabajos, encontró envueltas en trapos de tela gruesa y áspera, engrasada o tal vez untados en aceite, un centenar de monedas, de plata parecían. Sus conocimientos, escasos según su modestia, le permitieron identificarlas como monedas de la época romana. Gran aficionado a la Historia y apasionado de la lectura, había visitado muchos archivos y consultado numerosos textos antiguos. Leer todo lo que caía en sus manos era su afición preferida para los ratos de ocio, algo poco frecuente entre los de su profesión, la de albañil. No dudó del valor y autenticidad de las monedas que habían encontrado. Le resultó sencillo reconocer la "X" acuñada en el reverso de alguna de ellas, inconfundible marca de los denarios romanos, tal y como había leído en varias ocasiones. Igualmente pudo identificar los sextercios, con su símbolo "HS" visible en el reverso. Don Manuel, para quien trabajaba en esta ocasión, tenía razón cuando les advertía que podrían encontrar algo en sus viejos muros. Apartaron con mucho cuidado lo encontrado, retomando la tarea de derribo y desescombro en la que se encontraban. Más tarde contarían al propietario lo que había aparecido, pues en esos momentos paseaba por el campo y hasta la hora de la comida no regresaría.

Concluían los trabajos más duros y sucios cuando apareció la segunda vasija. Esperaba encontrar un nuevo montón de monedas dentro de ella, pero su sorpresa fue ver unos trapos de fina tela, como encerados, que protegían lo que parecían papeles viejos. Retiró las telas, con mucho cuidado, y la sorpresa aumentó al descubrir dos cartas perfectamente conservadas en aquellos trapitos finos. Dobladas y un poco cuarteadas en sus dobleces, pero el texto perfectamente legible.

Interrumpió su tarea, dejó que el chico que le ayudaba siguiera en solitario con la retirada del escombro. Él debía leer y preservar el hallazgo. Enamorado como estaba de los viejos documentos a los que tenía acceso en los archivos, en los que se zambullía los fines de semana, disfrutando con el tacto del papel viejo, el olor difícil de describir que acompañaba a folios, cuartillas y libros envejecidos por el tiempo. Tocando casi con reverencia y a la vez miedo de que se quebrara el papel, se dispuso a leer y al tiempo transcribir el contenido de las dos cartas. Pues supo que se trataba de dos cartas, al ver que sus fechas eran diferentes, y muy distinta la caligrafía de las mismas. Casi sin dar crédito a lo que leía, escribía con rapidez y soltura el texto de las misivas encontradas; se notaba las muchas horas de archivo que llevaba acumuladas ya a lo largo de su vida. Cuando don Manuel, el dueño de la casa, de los muros y en definitiva, de las vasijas y su contenido, llegara, tendría copiadas las cartas en folios nuevos y blancos, más limpios pero menos atractivos que ese legajo que acababa de descubrir. Su olor y color seguían produciéndole un indescriptible placer. Se quedaría únicamente con su transcripción que compartiría con sus amigos, un grupo de amantes de la historia y de las cosas viejas, las de otros tiempos. La única e irrefutable prueba de lo encontrado y que presentaría ante ellos para vencer su incredulidad.

el señor nro s[eño]r siempre en mi [illegible] y en mi ayuda, por la

mucha p[illegible] encomendada que [illegible]mente nos de [illegible] las [illegible]

mejorar [illegible] y a los otros para [illegible] y para

otra parte de españa, no tengo [illegible] de [illegible] el [illegible]

como quisiere [illegible] don francisco [illegible]

[illegible] como [illegible] es el [illegible] esta [illegible]

[illegible] requisicion del rey y de [illegible]

[illegible] el mismo rey, de lo qual [illegible]

y [illegible] en my nobre [illegible]

[illegible]

[illegible] otra [illegible] amistad y [illegible]

en [illegible] manera de [illegible]

[illegible] espero [illegible] nos [illegible] y [illegible]

luego el [illegible] podra [illegible] por siempre de dios [illegible]

alla le [illegible]

biere ay [illegible]

m[illegible] parte [illegible] mismo [illegible] en las [illegible] de [illegible]

toda la [illegible]

siempre en [illegible] nos y en [illegible] ayuda de [illegible]

de 1540

de bondad [illegible]

[illegible]

CARTA DE ÍÑIGO DE LOYOLA.

Querido Juan:

El Señor nuestro sea siempre en nuestro favor y en mi ayuda. No tengo la posibilidad de decirte en persona lo que a continuación podrás leer, ni tampoco entregarte una carta que de alguna forma te pertenece.

Mi edad y mi salud no me permiten viaje tan largo y penoso desde Roma, donde vivo, hasta tu casa en Valladolid. Pero envío a Diego Lainez, uno de nuestra Compañía, el cual va por mandato del Papa y a requerimiento del Rey de Portugal y de los Algarbes, don Juan el Piadoso, para posteriormente viajar a tierras de Asia. El cual te entregará junto con esta mi carta, otra que en su día me fue entregada por tu abuelo, muy querido para mí, pues fue un segundo padre. La dicha carta me ha acompañado a lo largo de mi vida, junto con el libro que también he guardado y tanto consuelo me ha proporcionado.

Cuando siendo joven, apenas un chiquillo, llegué a Arévalo, a la casa de tus abuelos, donde me sentí acogido como propio por toda la familia. Viví junto a tus tíos y tías, compartiendo vida, estudios, libros y aficiones. Acompañé a mi señor don Juan Velázquez de Cuéllar, tu abuelo, en sus viajes a la Corte al tiempo que aprendía el oficio de escribano, para entrar al servicio del rey nuestro señor cuando estuviese preparado.

Tu abuelo me enseñó el gusto por la lectura, como necesaria para mi mejor formación, tal y como él quería. Recuerdo las largas tardes del invierno, leyendo las obras que la magnífica biblioteca del Palacio Real de Arévalo acogía. Acompañadas de no pocas reprensiones, por mi en principio falta de atención, fueron dejando lugar a las amonestaciones y consejos paternales, cariñosos que me daba tanto al leer como con la pluma. Mi natural inclinación era otra diferente a la lectura y la caligrafía. Era más partidario de la espada, el caballo y los galanteos. Tardaba poco en despistarme con cualquier ruido que de fuera de los aposentos venía a mis oídos. Más pensaba en guerras, en ganar honra para mi rey nuestro señor don Fernando, el Católico, que en mejorar mi letra. Recuerdo cómo tu abuelo me reprendía, cariñosamente las más de las veces, para que dedicase mi atención y mis esfuerzos a la escritura. Todavía tengo presente su frase más repetida: "Íñigo conquistarás más con la pluma que con la espada, no lo olvides". Y no lo he olvidado a pesar de los años transcurridos. Aquí en Roma, desde mi celda, me comunico con mis hermanos mediante cartas, no dejo parar la pluma, y el recuerdo de tu abuelo se aviva en mi memoria. Creo a veces, si no sabría él lo que Dios nuestro Señor me tenía dispuesto, aunque bien sé que puede sonar raro, pienso en ello con relativa frecuencia.

Con paciencia casi infinita y mucho cariño consiguió hacerme entrar en vereda. Y aunque no perdí ni de lejos mis aficiones por caballos, caza, armas y cuando pude mujeres, comencé a tomar conciencia de la necesidad de esforzarme, cogiendo gusto a la lectura, si bien, siempre que podía elegía los libros de caballerías, que tanto me gustaban. Más tarde, con los años, fui cambiando de mis aficiones lectoras. Inclinándome más hacia temas menos guerreros y caballerescos. No puedo negar que durante aquellos años de juventud, estaba en cierto modo apartado del camino de virtud religiosa. Amores, lances de lucha,

espadas y corceles llamaban más mi atención de lo que debía. Afortunadamente, con los años aprendí a diferenciar los asuntos que de verdad deben reclamar nuestra atención. De todo ello me arrepentí en su debido momento. Naciendo podemos decir de nuevo, para consagrar mi vida con plenitud al servicio de Dios nuestro Señor, a su mayor gloria.

Del tiempo vivido entre tu familia, además de lecturas y aventuras que siempre recordaré, por ser las vividas en la juventud las que con mayor cariño se recuerdan, me ha quedado siempre la enseñanza, que el nunca suficientemente ponderado don Juan, me dejó. Pude asistir al trato diario con él, aprendiendo a hacer los trabajos que le eran propios de su cargo, comprobando cómo los reyes y reinas a quienes sirvió siempre con lealtad le mostraron su agradecimiento. Que gozó de su confianza lo prueba el hecho de haber sido testamentario del Príncipe don Juan y de la Reina doña Isabel, la Católica.

Con él, con tu abuelo, aprendí cómo debe comportarse un buen y verdadero padre con sus hijos. Amaba y protegía a los suyos al tiempo que les enseñaba a obedecer y respetar las decisiones que tomaba. Sabía enseñarnos a amarle y así lo hicimos todos nosotros.

También de él aprendí a renunciar y nunca buscar dignidades terrenales, que nada te dan, sino que te apartan de lo que debe moverte en la vida. Él que fue Ayo del Príncipe don Juan, Paje de la Reina doña Catalina, Gobernador de los Castillos de Arévalo, Madrigal y Olmedo, Contador Mayor de Castilla, que gozó de la plena confianza de los reyes a los que sirvió de los cuales fue siempre fiel Consejero; tuvo tiempo de aprender y de enseñarnos, que aquello no eran sino vanidades terrenales. Lealtad a la Corona y amor a Dios nuestro Señor, era lo que debería mover a todo hombre en su vida.

Recuerdo igualmente con cariño, las jornadas viajeras por los campos de Castilla, que tanto añoro en algunos momentos. Ese horizonte lejano e infinito. Jornadas de caza por la inmensa llanura, sorteando bosques en la persecución de las piezas. Esa llanura plana y extensa. Caminos tantas veces recorridos junto a mi señor don Juan, montados sobre caballos que parecían conocer el recorrido y la misión de su jinete. Cómo olvidar cuando viniendo de Cuéllar o de Olmedo o de Valladolid, cuando al volver la loma veíamos la imponente figura de la villa de Arévalo. Su castillo sobresalía entre la verdura de las alamedas de los ríos que le rodeaban. Su cara, la de tu abuelo, parecía rejuvenecer de repente. La sonrisa asomaba a su rostro, aunque era poco dado a ello, y repetía como si de la primera vez se tratase, siempre la misma frase: "¿No te parece hermosa, Eneko?", con un cariño paternal que nunca podré olvidar. Tal era la pasión que sentía por la villa de Arévalo que siempre que sus obligaciones se lo permitían, regresaba a su casa con los suyos. Concertaba encuentros con las más altas dignidades en dicha villa siempre que podía, para así no tener que abandonarla.

Pero su suerte cambió el malhadado día en que por defender con lealtad su fe en la corona se enfrentó al entonces joven Emperador Carlos. De haber vivido el Rey Católico, nada de esto hubiera sucedido.

Ver entregar la villa de Arévalo, faltando a la palabra dada por los antecesores del Emperador, le hizo enfrentarse a la decisión. En un primer momento fueron sus palabras, que por el cargo que ocupaba en la Corte, así como por

la confianza que en la Corte le tenían desde hacía muchos años, se permitió dirigir al joven Emperador y sus malos consejeros. Las razones que argumentó hubieran sido suficientes para hacerle recapacitar en su decisión, la del joven Emperador, de ceder la villa de Arévalo, a la viuda de nuestro señor el Rey don Fernando, el Católico, doña Germana.

Como quiera que sus palabras no fueran recibidas como se debían, y que el joven Emperador se hallara rodeado de no muy fieles consejeros, pues más eran aduladores, le llevó a rebelarse contra su Majestad. Los demás nobles, que hasta ese momento habían abrumado con continuas peticiones de favores a tu abuelo, le dieron la espalda, quedando solo frente a la Corona, acompañado únicamente de la Razón y el Derecho.

He de reconocerte que por mi juventud y posición no hice lo que debiera en ese momento. Nada más podía hacer que seguir junto a mi señor don Juan, tu abuelo, y posteriormente seguir las instrucciones que de él recibí, mediante la carta que te anticipé que acompaña a ésta, y que cuando la leas mejor comprenderás lo sucedido entonces. No quiero adelantarte nada de su contenido, pues prefiero que sean las palabras escritas por tu propio abuelo, las que te hagan saber lo ocurrido.

Sí debo reconocer, que de alguna manera en aquel entonces, aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, de lo cual hoy me muestro profundamente arrepentido. Del mismo modo que ciertos lances con la señora doña Germana, me hacían confundir ciertos aspectos del profundo problema al que se enfrentó mi señor don Juan. Hoy debo reconocerte lo confundido que estaba entonces. Aunque supe distinguir la grandeza de miras de tu abuelo, al que he intentado imitar durante el resto de mi vida, si bien sirviendo a una idea que considero por encima de la lealtad a la Corona que el defendía. Yo he elegido servir a Dios nuestro Señor con obediencia a su vicario en la tierra. Él entregó su vida a servir a la Corona, a los principios de lealtad, a las Leyes y a los Fueros vigentes. Cuando los sucesos que en la carta que leerás sucedieron, vi ante mí claramente el camino de debería seguir en mi vida.

Fueron necesarios unos años de profunda reflexión acompañados de no pocos sucesos de cierta confusión, para decidirme a consagrar mi vida a tan alto ideal. Servir con devoción, humildad y pobreza a Dios nuestro Señor. Cambié el servicio a un rey temporal por el servicio al Rey eterno y universal, que es Cristo Nuestro Señor.

Te preguntarás, querido Juan, cómo un viejo como yo, al que apenas conoces, salvo por las cartas intercambiadas durante estos años, todas ellas frías y no demasiado afectivas, te abro mi corazón contándote estos sucesos. La única vez que nos vimos, no pude hallar momento para referirte todo esto. No era momento oportuno. Sabes tan bien como yo que los tiempos que nos ha tocado vivir, son tiempos de cambios, convulsos, difíciles de discernir los amigos de los enemigos; fue por ello que aplacé para mejor ocasión, por tu bienestar y éxito de tu carrera en la Corte, el contarte cuanto ahora estoy haciendo.

No conociste a tu abuelo, eras apenas un chiquillo cuando él faltó. Yo pronto salí de la villa de Arévalo, donde tú quedaste al cuidado de tu madre y de tu abuela doña María. Durante todos estos años he estado pendiente de ti, de que

nada te faltase. He intercedido por ti siempre que ha sido necesario, y aun así, no he realizado ninguna hazaña extraordinaria. Apenas he devuelto una mínima parte de lo que yo recibí de tu abuelo y tu familia, a quienes estaré eternamente agradecido. Pero ha llegado el momento, así al menos creo haber interpretado los designios de Dios nuestro Señor, de darte a conocer la auténtica y magnífica dimensión de tu abuelo don Juan Velázquez de Cuéllar. Caballero magnífico que demostró lealtad suprema a la Corona a la que servía. Abandonado de todos, enfrentado al más poderoso monarca que los tiempos han conocido, por un hecho para muchos simple, pero que demuestra una enorme grandeza de espíritu y altura de ideales. Cuánto bien habría podido seguir haciendo a la Corona de Castilla de haber sido escuchado. Cuántos deberían intentar imitar su ejemplo en lugar de intentar olvidar su existencia como han hecho desde aquel desgraciado día.

Todos cuantos le abandonaron se sirvieron de él mientras vivió. Aprovecharon sus cargos y ascendencia ante los Reyes nuestros Señores a los que sirvió. Cobardes que se repartieron el poder una vez que él faltó. Manchando su memoria con los silencios y las medias verdades que difundieron durante años, hasta conseguir que nadie recordase tan insigne figura, salvo su propia familia que jamás le ha abandonado en el recuerdo. Tu padre era un fiel reflejo de la figura de tu abuelo. A su imagen y semejanza. Pero quiso Dios nuestro Señor que perdiéramos a ambos.

Ahora, ha llegado el momento de continuar su obra, la de ellos dos. Ahora los enemigos que nos acechaban han desaparecido. Somos nosotros los que debemos devolver la memoria de tan ilustres hombres a las gentes de nuestros días. Por eso preciso pedirte de manera afectuosa, que proporciones a Diego Lainez, así como a los que le acompañan, cuanto necesiten; quienes le acompañan son de nuestra entera amistad y a quienes mucho en gran manera les debemos, y a quienes para las cosas del servicio de Dios nuestro Señor son para darnos mucho favor con su Rey y con todos los que ellos podrán. Durante su estancia en vuestra casa, por tanto pido por servicio de Dios nuestro Señor, les atendáis en lo que demanden, como si de mi persona se tratase, facilitándoles el organizar el viaje hasta las tierras de Portugal. La Compañía crece cada día, y aunque sabes que no necesitamos mucho para mantener nuestras personas, sí precisamos de recursos para continuar nuestro proyecto apostólico de promover la mayor gloria de Dios nuestro Señor por todos los medios a nuestro alcance.

Un último favor deseo pedirte Juan. Sabes de mi interés por crear en Arévalo un colegio donde llevar la instrucción a los pobres e ignorantes, un lugar donde educar a la juventud de todas las clases. Sé que Dios nuestro Señor proveerá lo que le parezca mejor, por ello, porque creo que Él lo quiere, te encomiendo que trates el asunto con quien tan bien conoces por ser paisano tuyo, don Hernán Tello de Guzmán y con su esposa doña María Tello de Deza, los cuales me manifestaron recientemente su disposición a proporcionar a la Compañía cuanto fuera menester para tal efecto. Me hablaron de unos terrenos que se hallan entre la puerta de San José hasta la iglesia de San Martín en la villa de Arévalo, los cuales según ellos cumplirían a la perfección para el cometido de

servir como colegio, tal y como es nuestro deseo. Es por ello que quiero que supervises personalmente la conveniencia de dichos terrenos, así como las consideraciones que estimes oportunas al respecto de la construcción del colegio. Es mi intención agilizar todo lo posible para que Arévalo cuente con un edificio donde impartir las clases que tanto bien harán a los jóvenes. Creo así mismo que dicho colegio sería muy del agrado de tu abuelo a quien tengo presente en mi memoria y oraciones al hablarte de este proyecto. Ello te encomiendo.

Ahora me queda solamente despedirme de ti, son muchas las tareas que me aguardan y poco el tiempo que me queda, por eso debemos apresurarnos, Juan, a acometer nuestros propósitos a fin de conseguir la mayor gloria de Dios por todos los medios a nuestro alcance, esperando que sepas comprenderme me despido de ti con todo mi afecto. El Señor nuestro sea siempre en nuestro favor y en nuestra ayuda. De Roma X de enero de 1556.

De bondad pobre,

Yñigo

CARTA DE DON JUAN VELÁZQUEZ DE CUÉLLAR A ÍÑIGO DE LOYOLA.

Mi muy querido hijo, pues así te considero después de vivir con nosotros durante estos diez años. Como no desconoces las circunstancias que me acompañan desde hace unos meses, por haberlas vivido junto a mí, sabrás que por defender una idea, que considero superior a cualquier otra dignidad material o espiritual, me veo en situación de soledad y abandono.

Los que hasta hace bien poco procuraban mi amistad y protección, que ahora descubro, lo era por razón de mi cargo y no por causa de amistad sincera, me han abandonado.

Por ello me veo solo frente al joven Emperador Carlos, al cual me enfrenté como bien sabes, para evitar que cometiese un atropello con la villa de Arévalo, faltando a la palabra dada por sus antepasados a la dicha villa, de no ser nunca señorío de nadie salvo del Rey, único señor de la villa de Arévalo.

Como quiera que las artes que la señora doña Germana emplea para conseguir lo que se propone, en este caso con el joven y mal aconsejado Emperador Carlos, no son escrupulosas con Fueros ni Leyes, ni siquiera palabras, hace cometer atropellos a quien debe cuidar del cumplimiento de costumbres, palabras y leyes.

Espero que lo anteriormente expuesto no te cause excesivo dolor, pues sé de tus devaneos con la señora doña Germana, al tiempo que te aconsejo, como padre tuyo que me considero, que pongas distancia entre tu persona y la de ella, por el bien de tu futuro.

Por otra parte y dando cumplimiento a la palabra que en su día comprometí con tu verdadero padre, de cuidarte, acompañarte y enseñarte el oficio de escribano para así entrar al servicio de la Casa Real, estoy en la obligación de procurarte un nuevo protector, pues la nueva situación que vivo en la Corte, me cierra el paso a cualquier pretensión. Irás lejos de Arévalo y de mi persona, para evitarte cualquier perjuicio por parte de mis enemigos, traidores a la verdad y la razón.

Tu tía, doña María, mi amadísima esposa, te hará entrega de una bolsa con 500 escudos y tomarás dos caballos de mis cuadras, los que consideres más apropiados, con ello te dirigirás a Navarra, para ponerte al servicio del virrey, don Antonio Manrique de Lara. Partirás la próxima semana ocurra lo que ocurra hasta entonces. Él es poseedor de toda mi confianza, si bien, simula enemistad con mi persona para evitar caer también en desgracia ante los ojos del joven emperador y sus secuaces. Nada te faltará.

Yo por mi parte solamente espero la muerte, que veo cercana, muy cercana. Por eso me debes creer cuando te digo que yo que todo lo tuve, en lo que a poder terrenal se refiere, siempre por debajo de nuestros Reyes a los que serví con total lealtad y de Dios nuestro Señor, que te cuides de los que en la corte se relamen, devorarán tu propio cuerpo si llega el caso, aunque besen tus manos y tus pies. Ten siempre presente que algo superior, por encima de cualquier dignidad terrenal, deberá conducirte en tu vida, llegando si es preciso a entregar tu hacienda, privilegios y hasta la propia vida si fuera preciso por defenderla; como así me ha ocurrido a mí.

Cuida de tu tía, mi amada esposa, y de mis hijos, que son tus hermanos, en especial

de Agustín, Juan y Arnao, con quien has compartido juegos y enseñanzas. No son tan fuertes como tú, y por ello, necesitarán de tu auxilio. Si Dios nuestro Señor te da una vida larga, te pido que cuides también del hijo que ha dejado mi amado primogénito recientemente fallecido, y que lleva mi mismo nombre.

Debes saber y solamente tú, hasta que el peligro esté lejano, que la muerte de mi hijo Gutierre no fue por causa de las fiebres como dijeron. Lo fue por manos de hombres aunque más valdría llamarles alimañas. Con cobardía y engaños le tendieron una celada, aquí en la villa de Arévalo, donde nos creíamos seguros y apoyados por nobles y villanos; pues no en vano por defender sus derechos es por lo que me enfrenté a las decisiones del joven Emperador Carlos. Si bien no llegamos a combatir con las tropas del Emperador, pues el trágico suceso de la muerte de mi muy querido hijo, hizo abandonar de mi lado y razón a los pocos que me habían apoyado. Solo nada puedo hacer, salvo renunciar a mis cargos, hacienda y privilegios, más no contará el Emperador con mi consentimiento y nunca acataré su atropello.

Por complacer a una mujer faltará a la palabra dada por la Corona a sus súbditos, acto grave como pocos. Los que mataron a mi hijo me dejaron claro de parte de quién estaban y que la vida de mis otros hijos e hijas podría seguir el mismo camino.

Así pues, hijo querido, cuida de todos ellos, guarda el secreto que te acabo de hacer saber, por mirar por tu vida, pues las alimañas que mataron a Gutierre no tendrán reparos en hacer lo propio contigo. Cuando Dios nuestro Señor te haga ver, ya sabrás qué hacer con mi secreto. Hasta ese momento que Él te proteja y te guíe por el sendero de la vida. Yo quedo aquí en Arévalo, solo y sin consuelo, esperando el final de mis días.

Me despido de ti, querido Eneko, haciéndote saber que te he querido y te quiero como a uno más de mis hijos.

En la villa de Arévalo en el año del Señor de mil quinientos diecisiete.

Juan Velázquez de Cuéllar

Después de terminar la transcripción, volvió a envolver los papeles con los trapos como encerados. Don Manuel apareció por la puerta y fue informado de lo acontecido durante las tareas de la mañana, de sus hallazgos y le fueron entregados los objetos encontrados, monedas y cartas. Curiosamente en su rostro no se produjo ni una sola mueca de sorpresa o incredulidad. Parecía como si esperase lo acontecido, limitándose a comentar que ya les había advertido que esos muros podían depararles alguna que otra sorpresa. Mientras hablaba, sus ojos no se separaban de la mano que ocultaba el bulto de los papeles con las transcripciones en el bolsillo del albañil con el que sin saberlo, para siempre compartiría su tesoro. En pocos segundos traspasaría los muros de aquella casa sin que don Manuel llegara siquiera a sospechar que las palabras, sentimientos y hechos de tan antiguas cartas estaban a punto de entrar en el mundo de los vivos de la mano del albañil que se alejaba casi corriendo…

Fabio LÓPEZ

Cuadernos de Cultura y Patrimonio.
Número X
Publicado por La Alhóndiga,
Asociación de Cultura y Patrimonio

© Septiembre de 2011